

los ruidos del vecindario. No tengo vecinos, gracias al cielo y a todo el santoral novohispano, que gusten de fiestas ni de hacer ruidos a deshoras, y la familia de la casa contigua –franceses– es discreta. La mudanza de una pareja de vecinas pasa casi desapercibida.

De la fauna en la ciudad viene lo verdaderamente bueno. Casi no se escucha ladrar a los perros (gracias, Rulfo), y en mi casa el maullido y ronroneo familiar de mi gata Pinta está presente, conozco y me agrada su lenguaje. Con vernos a los ojos sabemos de qué va la cosa. En cambio, una verdadera revelación es el piar y el canto de los pájaros desde la aurora. No es que no estuvieran presentes antes, lo que ocurre es que en el nuevo silencio, equiparable a una sala de conciertos monumental que el Arq. Orso Núñez debe estar disfrutando, aparece un sinfónico repertorio, que me hace revisar el magnífico inventario de cantos de aves de la ciudad de México, preparado por la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, y así intentar identificar la maravilla de voces de un número de pájaros que, en plena primavera, no parece dejar de crecer con su inagotable mensaje de alegría desde las primeras horas de cada nuevo día hasta el atardecer, cuando la algarabía se instala en los árboles, cuyas ramas están muy cerca de las ventanas de mi casa que dan al oriente.

Adicionalmente, aprovecho el motivo musical para revisitar y admirar dos ediciones que guardo como un tesoro: *Histoire des Oiseaux* (François Nicolas Martinet) y *Storia naturale degli Uccelli* (Buffon-Martinet). La belleza de las acuarelas de Martinet es en sí misma un registro de la gran fantasía que han despertado los pájaros en la historia del arte.

Recuerdo que hace muchos años, en 1983, gracias a la erudición de Elías Trabulse –estábamos preparando la exposición *Cartografía Mexicana, Tesoros de la Nación*, cuyo texto de presentación del propio Trabulse es magnífico y como siempre, erudito– vimos con detenimiento el hermoso libro de Rafael Montes de Oca en el que hay estampas verdaderamente maravillosas de los colibríes de México. Montes de Oca y José María Velasco estuvieron muy interesados en el registro de esa riqueza del aire y de la naturaleza mexicana.

En la Biblioteca José Lorenzo Cossío hay un ejemplar de la bella edición de 1963, *Colibríes y Orquídeas de México* (Rafael Montes de Oca) que fue una iniciativa de doña Carolina Amor de Fournier, quien preparó la edición y el prólogo; la introducción y los textos sobre estas aves se deben a Rafael Martín del Campo.

El silencio de esta época es propicio para disfrutar el canto de las aves y la maravilla de los registros artísticos, en los que Martinet y Montes de Oca nos recuerdan el grandioso sueño al que las aves nos invitan día con día.

POEMA

LETRAS

María Isabel Grañén Porrúa

Letras con alas,
vuelan lejos
en tu propio jardín.

Volar para descubrir
y comprender

Letras aladas
navegantes,
exploradoras.

Volar sobre la tierra
y aún mares.
Otra perspectiva.

Letras, libros,
un poema,
volar
emularte con el viento,
dejarte ser.

BIBLIOTECA HENESTROSA

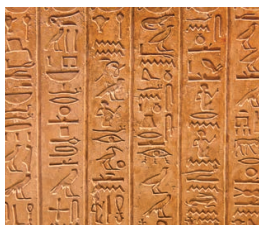
EL VUELO, EL CANTO, LA PALABRA

Freddy Aguilar Reyes

A través del canto de los pájaros, el espíritu humano es capaz de darse a sí mismo juegos de significación en número infinito, combinaciones verbales y sonoras que le sugieran toda clase de sensaciones físicas o de emociones ante el infinito.

Juan Luis Martínez

De la fascinación que las aves ejercen sobre nosotros, hay tantas manifestaciones de todo tipo que, hurgando en las edades y los rincones del planeta, dan material para varios volúmenes. Del Paleolítico atraviesa los siglos hasta nosotros la visión primigenia del *Australopithecus*, *Homo Habilis*, *Homo Erectus*, *Homo Sapiens*, Neandertales y Cromañones, y su encuentro con el canto de los pájaros, la maravilla de su vuelo, la gracia de sus movimientos y, por qué no, de su curso como alimento, adorno y vestido. En sus refugios de piedra dejaron aves eternizadas en pinturas o en petroglifos. Miles de años después, durante la época precolombina, aparece un colibrí –o ermitaño–, entre otras aves, plasmado en un gran geoglifo de 67 m de largo en las líneas de Nazca, Perú. Todos los geoglifos, en ruta



Escritura egipcia

hacia la ciudad preincaica de Cahuachi, se trazaron retirando las piedras del terreno o apartando sus bordes, para hacer contraste entre los tonos oscuros de las piedras y el fondo terroso descubierto más claro.

Las aves aparecen en cuentos, leyendas y mitos, en muchos casos con cualidades y/o defectos humanos. En Egipto, el ibis sagrado –de blanco plumaje excepto en la cabeza y extremos de las alas, que son negras– es la encarnación de Thot, inventor y protector de la escritura y de la sabiduría, al que acuden todos los demás dioses para pedir ayuda y buenos consejos. Thot es además dios de la música, la medicina, la geometría, la astronomía, la magia y el símbolo de la Luna. El ibis eremita, con su característico penacho de plumas en la cabeza, es símbolo del *aj o akh*, que en la religión egipcia es un espíritu sagrado. Extinto en Europa, esta ave sobrevive en estado silvestre solamente en Marruecos y, escasamente, en Siria.

En la antigua Grecia, Aristófanes crea, en su comedia *Las Aves*, un mundo poblado por los colores y la alegría de las canciones de los pájaros. Dos ciudadanos atenienses, Eupipides (que representa a la esperanza) y Pistheraios (que representa a la persuasión), desencantados de la política y guiados por una corneja y una abubilla, huyen de Atenas y se refugian en Puput, Ciudad de las Aves, para rebelarse contra el dominio de los dioses y de los hombres y crear una utopía suspendida entre el cielo y la tierra, a la que nombran “Cucópolis de las Nubes”. Para conseguirlo, Pistheraios toma el control de la situación, echando mano de la persuasión, tan defenestrada por él y su compañero cuando se refieren a la *politeia* griega; conseguidos sus fines, la esperanza queda olvidada en alguna parte del camino. En Grecia, la encarnación de las creencias religiosas y la deidad arquetípica residía en Zeus, padre de los dioses, que presidía el panteón olímpico y quien, en muchas de sus aventuras amorosas, se metamorfoseaba en ave: en codorniz para seducir a Leto, en águila para raptar a Ganímedes, en Cisne para seducir a Leda. El huevo, como origen del todo, es puesto por Nix –o Noche de alas negras–, diosa temida por el mismo Zeus. Fecundada por el viento, Nix deposita un huevo de plata del que nace Eros, quien pone en marcha al universo.

Otro ejemplo de literatura de aves es *El coloquio de los pájaros*, escrito entre los siglos XII y XIII por el poeta y místico persa Farid al Din Attar. En él, treinta mil pájaros, bajo la guía espiritual de la abubilla –hete aquí la misma ave otra vez–, se reúnen para ir en busca del rey pájaro Simurg, analogía de la divinidad; el pájaro como símbolo del alma humana en su viaje por la senda sufi hacia la iluminación.

<https://www.ninalaluna.com/el-coloquio-de-los-pajaros-peter-sis/>

En otra geografía, Nezahualcōyotl expresa, en su poema más conocido,



El coloquio de los pájaros, ejemplar del Metropolitan Museum de Nueva York

su amor al canto del ceniztle, al jade, a la flor y al hombre; y en otros hace mención del parloteo y canto de las aves, del plumaje del quetzal, del plumaje del ave sacuán, ave de cuello de hule y del águila, que también aparece en la fundación de Tenochtitlan.

En *Los hombres que dispersó la danza*, Andrés Henestrosa recoge narraciones de los antiguos zapotecas. En algunas de ellas, las aves son personajes en la vida de Jesús: en “La golondrina”, esta ave aparece como adoradora y compañera de Jesús, que borra con el pecho las huellas de su paso por la arena para que los judíos que lo persiguen no lo encuentren. Cuando, confundida, la golondrina no lo encuentra, se torna negra de pena, excepto el pecho. En “La urraca” hay otra ave que, en este caso, delata a Jesús, a pesar de haber sido sobornada por la Virgen con su manto azul y el hilo de gotas negras de su collar. Por eso la urraca es azul y en su pecho blanco porta un hilo negro. “El pájaro carpintero” es convencido por los judíos para aliarse con ellos y, en complicidad con la urraca, agujereando troncos secos y verdes, encuentran a Jesús en el tallo del carrizo.

A vuelo rasante encontramos, en la Biblioteca Henestrosa, *Las aves en la poesía castellana*, de Salvador Novo, que recoge su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1953 y es publicado por el Fondo de Cultura Económica ese mismo año. Las aves, como imagen recurrente en la poesía castellana de los Siglos de Oro, nos invitan a descubrir al breve colibrí, al literario y europeo ruiseñor, a la humilde corneja del Cid y al gallo del Arcipreste; a mirar también a la paloma de Berceo y a los extraordinarios gerifaltes del Cancionero de Baena.

Otro volumen, disponible también en la Henestrosa, es *El libro de los pájaros*, de Alberto Blanco, publicado por Ediciones Toledo en 1990, quien escribe:

LA GOLONDRINA

El enorme alivio que sentimos al contemplar los montes a lo lejos, al ver el vuelo de una golondrina o al escuchar la conversación del viento con los fresnos,

es el de estar –por un instante– en contacto real, hermanados con una infinidad de seres que no son otra cosa que lo que son y que no desean –en lo absoluto– ser de ninguna otra manera.

Al libro también lo habitan mirlos, tordos, pelicanos, gorriónes. “Lo que hermana a la poesía con los pájaros –afirma Alberto Blanco– es su ligereza, audaces vuelos, trinos cuya belleza radica en su cualidad de ser tónicos”, y que ambos son símbolo de la libertad.

En la Biblioteca encontramos un tercer libro, *La paloma*, publicado en 1987, del mismo autor de *El perfume* y *El contrabajo*, el alemán Patrick Süskind. Narra la historia de Jonathan Noel, un personaje solitario a quien no le ha ido muy bien en la vida, y al que la soledad y la rutina de su trabajo como guardia de un banco le dan tranquilidad, hasta que la presencia de una paloma, en el pasillo de la pensión donde vive desde hace dos décadas, viene a romper ese equilibrio aparente. Aquí la paloma no es la protagonista de la historia, todo lo que tiene que ver con ella está en la mente de Jonathan. La paloma representa el despertar de la conciencia del protagonista, quien descubre con esa presencia una nueva dimensión de las cosas y de sí mismo, al punto de aflorar la psicosis contenida por largo tiempo.

Un cuarto libro en la Biblioteca es otro discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, el de la filóloga Margit Frenk en 1993: *Charla de pájaros o las aves en la poesía folklórica*. Publicado por la UNAM al año siguiente. En este discurso Frenk da cuenta del *Cancionero Folklórico Mexicano*, dirigido por ella en el Colegio de México, y publicado en cinco volúmenes entre 1975 y 1985, que hace inventario “del pulular de pájaros en las coplas populares de nuestro país. Ahí revolotean infinidad de aves de las más diversas especies: chuparrosas, garzas, cenizoles, jilgueros, primaverales; pericos, papagayos, cotorras; cuicacojches y chachalacas; uno que otro pichil, totol, gallo; águilas reales e imperiales; mucho gavilán o gavilancillo, guacamaya, gorrióncito; el pájaro cardenal y el carpintero, el pájaro cú, el acagualero, jaralero, lagunero, manzanero, mañanero, plantanero, hechicero; el pájaro colorado, el verde, el azul, el prieto, y el pájaro mulato, de color azul oscuro y antifaz negro, que sabe imitar el canto de otras aves; el pájaro paisano, el vilán, el paloma y el tildío; por supuesto, la galina y el palomo, el tordo, la torcaza, la tortolita, además del tecolote, el zopilote, el querreque... Vemos a esos pájaros volando por los aires, atravesando mares, a las orillas de los ríos y en las laderas de los cerros; parados en árboles, nopales, torres, garitas; posados en las ramas de los limones, los olivos, los laureles o ‘en la cumbre’ de una vid, un cardón, una palma. Las coplas mexicanas saben evocar a las aves en medio de su entorno